

trudis Gómez de Avellaneda, Heriberto García de Quedo y el general Ros de Olano.

Y sin más prevenciones, entremos desde luego en materia, comenzando por el que se llamó Virreinato de Nueva España, y es hoy (aunque con territorio notablemente mermado) la República federal de los Estados Mexicanos, principal representante en el Norte de América del genio de nuestra raza.

II.

MÉXICO.

Tuvo el Virreinato de Nueva España (como la parte predilecta y más cuidada de nuestro imperio colonial, y aquella donde la cultura española echó más hondas raíces) las más antiguas instituciones de enseñanza del Nuevo Mundo, y también la primera imprenta. Á los nombres venerables del primer arzobispo Fr. Juan de Zumárraga y del primer virrey D. Antonio de Mendoza, va unida la introducción de estos dos capitales elementos de cultura: la Universidad y la Tipografía. Ya existían el colegio de Tlatelolco para indios, y los de San Juan de Letrán y la Concepción para mestizos, cuando el cabildo de la ciudad solicitó, y concedió el Virrey, licencia para que se fundase «una Universidad de todas ciencias, donde los naturales y los hijos de los españoles fuesen industriados en las cosas de nuestra santa fe católica y en las demás facultades». Contribuyó Mendoza con rentas propias para los primeros gastos de

la fundación, y aun llegó á designar maestros; pero la gloria de llevar al cabo el establecimiento de las escuelas corresponde á su sucesor, D. Luis de Velasco, que fué el encargado de poner en ejecución la Real cédula del emperador Carlos V, fecha en Toro á 22 de Septiembre de 1551, por virtud de la cual la Universidad de México, dotada con mil pesos de oro de minas al año, comenzó á gozar los mismos privilegios y franquicias que la de Salamanca. Otra cédula de Felipe II, fecha en Madrid á 17 de Octubre de 1562, confirmó, y aun amplió estos privilegios, después que la Sede Apostólica, en 1555, había dado á la Universidad el título de *Pontificia*, concediendo el patronato de ella á los Reyes de España.

No cayó la semilla en terreno estéril, ni pasó mucho tiempo sin que la naciente Universidad, cuyos estudios se inauguraron en 3 de Junio de 1553, con inmenso concurso de gentes y asistencia del Virrey y de la Audiencia á las primeras cátedras, comenzase á dar muestras de actividad científica, dignas de los hombres nada vulgares que hicieron sonar en ellas su voz desde el primer día. El agustino Fr. Alonso de Veracruz, á quien tanto honra su adhesión á las doctrinas y á la persona de fray Luis de León, llevó al Nuevo Mundo la filosofía peripatética, imprimiendo en 1554 el primer tratado de Dialéctica, y en 1557 el primer tratado de Física, obras que le dan buen lugar entre los neoescolásticos del siglo XVI, modificados en método y estilo por la influencia del Renacimiento. El Dr. Bartolomé Frías de Albornoz, hábil y enérgico adversario de Fr. Bartolomé de las Casas, y uno de los más antiguos impugnadores de la trata de negros, «hombre doctísimo y en todas lenguas perfecti-

simo» al decir del Brocense, representaba allí la cultura jurídica, como catedrático de *Instituta*. Y finalmente, los estudios literarios, los llamados entonces de Gramática y Retórica, tenían su patriarca en un benemérito humanista toledano, Francisco Cervantes de Salazar, que ya en España, y bajo los auspicios de Hernán Cortés, se había mostrado ingenioso moralista y florido cultivador de la lengua propia, continuando el *Diálogo de la dignidad del hombre*, del maestro Hernán Pérez de Oliva, hasta añadirle triple materia; glosando y declarando la curiosa novela alegórica del protonotario Luis Mexía, intitulada *Apólogo de la ociosidad y el trabajo*; y traduciendo y adicionando algún opúsculo de Luis Vives, cuya dirección crítica parece haber seguido en sus estudios, y cuyos procedimientos dialogísticos para la enseñanza de la lengua latina venía á aclimatar en la Universidad americana, reimprimiendo, comentados, en 1554, los coloquios ó manual de conversación de aquel grande humanista, y adicionándolos con siete más de propia cosecha, tres de los cuales vienen á constituir una interesante y animada descripción de la ciudad de México, tal como estaba en los primeros tiempos de la colonia, y de la vida y ocupaciones de los moradores de ella, con raras noticias topográficas y de costumbres, que han servido de base á uno de los trabajos más interesantes y amenos del sabio y profundo historiógrafo mexicano D. Joaquín García Icazbalceta (1).

(1) México en 1554. Los *Diálogos latinos* que Francisco Cervantes Salazar escribió é imprimió en México en dicho año. Los reimprime, con traducción castellana y notas, Joaquín García Icazbalceta; en 4.º México, Andrade y Morales, 1875.

Á favorecer el desarrollo de los estudios y la comunicación de los estudiosos había venido, aun antes que la Universidad, la imprenta, que es gloria de nuestra raza haber introducido y propagado en el Nuevo Mundo, siendo México la primera ciudad que pudo ufanarse en poseerla. Zumárraga y Mendoza fueron sus benéficos promotores, y el primer oficial de ella un Juan Pablos, dependiente del impresor de Sevilla Crombérger, á nombre del cual están dados los privilegios de las primeras ediciones, porque él ponía el costo de la empresa. De 1539 parece ser el primer libro, esto es, la *Breve y Compendiosa Doctrina Christiana en lengua mexicana y castellana*, del apostólico Zumárraga (1). De 1540 es, seguramente, el *Manual de Adultos*, del cual sólo restan dos hojas, en una de las cuales se leen unos dísticos latinos del burgalés Cristóbal de Cabrera, primer vagido de la poesía clásica en el Nuevo Mundo. No menos que 116 libros salidos de aquellas prensas en el siglo XVI han llegado á catalogar los más diligentes bibliófilos, y sin duda hubo muchos más, que se consumieron y destruyeron por el uso continuo y la mala calidad del papel, como fácilmente puede observarse en los rarísimos ejemplares hoy existentes, incompletos casi todos, maltratados y sucios, consumidos por la humedad y la polilla, y á pesar de eso, buscados con afán y pagados en las ventas públicas á precios altísimos, que apenas alcanza ningún otro género de libros. Predominan, entre ellos, como es natural, los libros catequísticos y los de educación, las

(1) Véase la magistral biografía que de este gran Prelado ha escrito el señor Icazbalceta: *Fr. Juan de Zumárraga, primer Obispo y Arzobispo de México. Estudio biográfico y bibliográfico*; en 4.º México, Andrade y Morales, 1881.

doctrinas y cartillas en lenguas indígenas, las gramáticas y vocabularios de estas mismas lenguas, mexicana, tarasca, zapoteca, mixteca y maya, preciosísimo fondo de la filología americana; pero no faltan obras de carácter más general: las de Filosofía del P. Veracruz; las de Teología de Fr. Bartolomé de Ledesma; las de Medicina de Bravo, Farfán y López de Hinojosa; las de Náutica y Arte militar del santanderino Diego García de Palacio, y algunas compilaciones legales como las *Ordenanzas* de Mendoza y el *Cedulario* de Puga.

Pero cuando atentamente se recorren las inestimables páginas de la *Bibliografía mexicana del siglo XVI* (1), de García Icazbalceta, obra en su línea de las más perfectas y excelentes que posee nación alguna, llama la atención la ausencia de libros de amena literatura. Los diálogos de Francisco Cervantes de Salazar son quizá la única excepción importante que puede presentarse, y aun para eso, más que libro recreativo son un libro de ejercicios prácticos para estudiantes de Gramática. No sorprende, en verdad, la falta de libros de caballerías y otras invenciones novelescas, puesto que sobre ellos pesaba en las colonias dura proscripción, y apenas podían entrar sino de contrabando los que se imprimían en la Península, según se deduce del contexto de una cédula de 4 de Abril de 1531, confirmada por otras posteriores, prohibiendo pasar á Indias «libros de romances de historias vanas ó de profanidad, como son

(1) *Bibliografía mexicana del siglo XVI. Primera parte. Catálogo razonado de los libros impresos en México de 1539 á 1600. Con biografías de autores y otras ilustraciones. Precedido de una noticia acerca de la Imprenta en México, por Joaquín García Icazbalceta*; en 4.º grande. México, Imprenta de Francisco Díaz de León.

de *Amadis* é otros desta calidad, porque éste es mal ejercicio para los indios, é cosa en que no es bien que se ocupen ni lean». Pero sobre la poesía propiamente dicha no recaía tal anatema, antes comenzaba á ser estimada y honrada por todo el mundo, y la Universidad, no sólo la acogía en sus aulas, sino que la daba entrada en sus festividades, así en lengua vulgar como en lengua latina. Pero es cierto que los mismos libros de los poetas clásicos usados comúnmente en las escuelas, iban de España, sin que apenas haya otra excepción que un Ovidio (*Tristes y Ponto*) de 1577 (1); y por lo que toca á la poesía vulgar, no hay en rigor ni un solo libro, puesto que nadie ha visto, y todo induce á tener por fabuloso el *Cancionero Spiritual*, de un P. Las Casas, *indigno religioso de esta Nueva España*, que se dice impreso en México por Juan Pablos, en 1546. La portada, única cosa que del libro sabemos, y en la cual se declara que contiene «obras muy provechosas y edificantes, en particular unas coplas muy devotas en loor de Nuestro

(1) Por aquel tiempo se suscitó en México una cuestión análoga á la que en Francia, y en nuestros días, se ha llamado cuestión de los clásicos. El jesuita italiano Vicente Lanuchi, primer profesor de letras humanas en el colegio de la Compañía, en México, se oponía á la lección de los poetas gentiles; pero su parecer fué desaprobado por los superiores de su Orden, mandando el general, en carta de 8 de Abril de 1577, que «no se dejasen de leer los libros profanos, siendo de buenos autores, como se leen en todas las otras partes de la Compañía, y los inconvenientes que V. R. significa, los maestros los podrán quitar del todo, con el cuidado que tendrán en las ocasiones que se ofrecieren.»

Á consecuencia, sin duda, de tal determinación, imprimieron los jesuitas de México aquel mismo año su *Ovidio*; pero para satisfacer á los aficionados á los poetas cristianos, añadieron, al fin, algunos versos de Sedulio y otros de San Gregorio Nacianceno, traducidos del griego. El mismo año, y también para uso de las escuelas de la Compañía, se hizo una edición de los *Emblemas*, de Alciato.

Señor Jesu Christo y de la Sacratissima Virgen María, Su Madre, con una farsa intitulada el Juicio final», tiene todas las trazas de ser una broma de algún bibliófilo maleante, para chasquear á sus compañeros con la estu- penda noticia de un cancionero mexicano de 186 folios. Icazbalceta ha puesto de realce todas las inverosimili- tudes, ó más bien imposibilidades, que se oponen á la existencia de tal obra, y por nuestra parte, sólo nos mueve á mencionarla el correr divulgada su noticia en libro tan autorizado y tan seguro en sus indicaciones bi- bliográficas como la traducción española de Ticknor.

Nos vemos reducidos, pues, á seguir los primeros pasos de la musa mexicana en los versos panegiricos y en las relaciones de fiestas: literatura, por lo general, de más curiosidad histórica que poética. Son los más anti- guos los que se contienen en el rarísimo opúsculo que Francisco Cervantes de Salazar publicó en 1560 con el título de *Túmulo imperial de la gran ciudad de México á las obsequias del invictísimo César Carlos V.* García Icazbalceta le ha reproducido íntegro en su *Bibliogra- fia*, no sólo á título de ejemplar único, sino por conside- rarle como monumento de la grandeza á que había llegado México en tan pocos años. Hizo la traza del túmulo Claudio de Arcinięga, «arquitecto excelente, maestro mayor de las obras de México», y fué «obra extraña y de gran variedad para todos los que la vieron», porque iba llena de historias y figuras, «pintadas muy bien al natural, de lo que representaban», según «se comprendía y daba á entender» en muchas letras é ins- cripciones, unas en verso y las más en prosa. No dice el maestro Cervantes de Salazar los nombres de sus autores; pero como no las elogia al transcribirlas, pode-

mos creer que todas ó la mayor parte fueran suyas. Si así fué, valía como poeta mucho menos que como pro- sista, aunque por versos de circunstancias no puede juz- garse á nadie. Los latinos son algo mejores que los cas- tellanos, sin duda porque Cervantes de Salazar, como otros muchos humanistas, tenía más hábito de versifi- car en la lengua sabia que en la propia, si bien un crí- tico reciente califica de *ruda* su dicción latina (1). Lo único que importa advertir es que los pocos versos cas- tellanos del *Túmulo* son todos de la escuela italiana: sonetos y octavas reales con algunos versos agudos, como solían practicarlos Boscán y D. Diego de Men- doza. Se ve que los humanistas del Nuevo Mundo no andaban rezagados, y que recibieron pronto las noveda- des literarias que por vía de Italia se habían comunicado á nuestros ingenios.

¿Y cómo no, si al parecer las llevó allí el mismo Gu- tierre de Cetina, uno de los patriarcas del gusto italo- clásico? Convienen todos los biógrafos de este terso y delicado poeta sevillano, en que su varia y contrastada fortuna le condujo ya en su vejez á México, donde tenía cargo de gobierno un hermano suyo; pero de tal viaje no ha quedado huella en sus poesías. Quizá Cetina ya no las hacía en aquel tiempo. Él había sido comensal de Hernán Cortés, y para la Academia que éste tenía en su casa de Sevilla compuso la famosa *Paradoja en ala- banza de los cuernos*.

Otros dos ilustres poetas castellanos del siglo xvi, hicieron larga residencia en Nueva España, contribu-

(1) Massebieau, *Les colloques scolaires du seizième siècle et leurs auteurs*, París, 1878, pág. 199.

yendo sin duda de un modo eficaz al desarrollo de las buenas prácticas literarias, difundidas por las escuelas de Salamanca y de Sevilla. Fué el primero el madrileño Eugenio Salazar de Alarcón, que después de haber sido gobernador en Canarias, oidor en Santo Domingo y fiscal en Guatemala, pasó á la Audiencia de México, donde residió nueve años, de 1581 á 1599. El incomparable donaire y agudeza satírica de sus cartas en prosa, sacadas á luz en estos últimos años para universal regocijo por la Sociedad de Bibliófilos Españoles, ha dejado en secundario lugar sus méritos como poeta, aunque lo fué fecundísimo, y de un género muy personal y casi doméstico, raro siempre en nuestra literatura y más en la del siglo XVI. Su propia facilidad para versificar y la abundancia de su producción le perjudican: hay sin duda en la enorme cantidad de versos que encierra su *Silva de varia poesía* (1) (todavía inédita en su mayor parte), muchas cosas medianas é insignificantes, en que la soltura degenera en desaliño, y la ternura conyugal en trosaismo casero; pero hay en la parte erótica, es decir, en los innumerables versos hechos «á contemplación de doña Catalina Carrillo, su amada mujer», un afecto limpio, honrado y sincero, muy humano y cien leguas distante de la monotonía petrarquista; y en la parte descriptiva mucho lujo y gala de dicción, y ciertos conatos de dar á sus paisajes color local y americano, sin rehuir los nombres indígenas, aunque sean tan ásperos como los de *Tepecingo* y *Tecapulco*, ó tan poco divulgados como *Milpa* é *Iczotl*:

(1) MS. de más de 500 hojas, existente en la Academia de la Historia.

Y con lustroso *iczotl* de tierra ajena
Dió al cuerpo un lustre de belleza tanta,
Que le dejó tan terso y tan polido,
Como si fuera de marfil bruñido.

Y añade por nota marginal: «*Iczotl* es un pimpollo que hay en la Nueva España á manera de palmito, que tiene las cabezas de las pencas blanquísimas y lustrosísimas.» Hizo á su manera la *Grandeza Mexicana* antes que Bernardo de Valbuena, describiendo en octavas reales la laguna de Tenxtilán, poniendo en sus márgenes escenas bucólicas como las de *El Siglo de Oro*, y cantando las pompas de la ciudad y el floreciente estado de sus escuelas, en los tercetos de la epístola que dirigió al divino Herrera, y que éste no pudo contestar por haber muerto antes que llegase la carta á Sevilla. No compararemos la llaneza, muchas veces desmayada, de los metros de Salazar, con el bizarro alarde y espléndido atavío de los de Valbuena, que en lo meramente descriptivo no cede la palma á ningún poeta nuestro, pero siempre será curioso para la historia de la colonia cotejar las descripciones que en poco más de medio siglo hicieron en prosa y en verso estos dos poetas, cada cual por su estilo. La nota dominante en Salazar es una especie de realismo prosaico, que se complace en el detalle menudo y en llamar á las cosas por su nombre sin perífrasis ni eufemismos retóricos. En este punto es casi un precursor del *Observatorio Rústico*, de Salas. Véase como muestra esta octava:

Allí bermejo *chile* colorea,
Y el naranjado *aji* no muy maduro;
Allí el frío *tomate* verdeguea,
Y flores de color claro y obscuro,
Y el agua dulce entre ellas que blanquea

Haciendo un enrejado claro y puro,
De blanca plata y variado esmalte,
Porque ninguna cosa bella falte.

Á pesar de sus tendencias un tanto prosaicas, y á pesar de que aun en lo más selecto y acendrado de sus versos siguió principalmente la manera blanda y apacible de Garcilaso (como hacían todos los poetas madrileños, toledanos, complutenses, y en general todos los nacidos en ambas Castillas), tenía en gran predicamento y veneración el nombre del cultísimo Hernando de Herrera, cabeza de una escuela lírica, diferente, si no opuesta, y caracterizada principalmente por el especial carácter que imprimió al dialecto poético, con cierta rigidez majestuosa y enfática. Los escritos de aquel varón, tan gran teórico y preceptista como noble y robusto poeta, tenían en Nueva España muchos admiradores, y aun secuaces, siendo como era íntima y constante la comunicación entre México y Sevilla. De todo ello, así como de su propia estimación, da testimonio Eugenio de Salazar en la carta citada, hablando con el mismo Herrera:

Por eso con deseo acá se espera
De tu sabia Minerva el caudal rico,
Que de erudición llene aquesta esfera....
La erudición de tus *Anotaciones*
Que tienen admirado el Nuevo Mundo
Con su elegancia y sus resoluciones:
Con su comento de saber profundo
De todas Facultades muestra clara.

.....
Bien mereció por cierto aquella rara
Musa de nuestro ilustre Garcilaso
Que tu fértil ingenio la ilustrara;
Que de sus cultos versos cualquier paso
Tú nos lo interpretases y expusieses,
Pues pasan tanto á los del culto Tasso;

Que con tu fino esmalte lustre dieses
Al oro de la rica poesía,
Y con tu clara luz la descubrieses:
Como en la honda mina donde el día
No entra, ni del sol alguna lumbre
Que muestre el metal rico donde guía;
Metida la candela que lo alumbre
Descubre luego la preciosa veta
Que hinca al centro desde la alta cumbre.

.....
Y cual la linda Aurora que demuestra
La venida del día, y asegura
La luz que alumbra la carrera nuestra,
Así las obras tuyas que ventura
Hizo asomar al horizonte nuestro,
Prometen otras llenas de hermosura.

.....
De tu caudal que ciencias mil abarca,
Nos traiga ya el Océano otra vuelta,
Antes del corte de la mortal Parca.
La presa ya del dulce néctar suelta
Que inunde y fertilice las arenas
Del Nuevo Mundo, con verdad resuelta.
Abre de tu saber las ricas venas,
Y de tu entendimiento y elocuencia
Salga el rico licor de que están llenas.

Á pesar de lo que pudiera inferirse de este curioso documento literario, no fué la de Herrera la influencia predominante en México, al paso que la de Salazar pareció robustecerse con la venida de otro poeta, fácil y despilfarrado como él, aunque de vena mucho más varia y opulenta, que alcanzó, si bien con desigual éxito, á la épica, á la dramática, á la didáctica y á todos los géneros de lírica, desde el romance tradicional hasta la canción italiana. Era Juan de la Cueva, aunque nacido en Sevilla, una especie de disidente ó tráfuga de la escuela poética de aquella ciudad, no sólo por la mayor libertad y ensanche de su doctrina literaria, análoga en